

862
L. R.

PQ6621

J 4
03

V. 13



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. M. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

01888

PERSONAJES
ENRIQUETA TARRIÉS COMDESA DE
VALMOREDA
DOLORES COMDESA DE
VALMOREDA
FEDERICA VALMOREDA COMDE DE
VALMOREDA

EL CONDE DE VALMOREDA

Drama en tres actos y en prosa (inspirado en la idea de una obra del conde León Tolstoi), estrenado en el TEATRO ODEON la noche del 10 de Diciembre de 1917.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. M. I.

PERSONAJES

ENRIQUETA ZAFRALES, CONDESA DE VALMOREDA.

DOLORES.

AMPARO.

FEDERICO VALMOREDA, CONDE DE VALMOREDA (40 años).

DANIEL PALACIOS.

EL JUEZ.

EL MARQUÉS DE SANANDES (55 años).

JOSÉ.

MARCOS.

EL ESCRIBANO.

EL AGENTE DE POLICIA.

PEDRO.

JUAN.

ANTONIO.

EL PELUSA.

La acción en Barcelona el primer acto y en Madrid los otros dos.— Epoca actual.

Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Una habitación pobre con cuatro sillas y una mesa de pino. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, luego DOLORES

(Federico, sentado a la mesa, en donde hay una botellita pequeña de tinta, que sirve de tintero, una botella de ginebra y un vaso. Federico viste con elegancia disonando el traje con la habitación... Federico escribe un rato: luego lee.)

«...y como yo reconozco que todas las culpas son mías y que esto no tiene remedio, porque ya lo he intentado muchas veces inútilmente y no vale la pena de intentarlo una vez más para caer de nuevo en lo mismo...

(Bebe saboreando, pero con la mirada lejana, como si be-

biera maquinalmente... Escribe de nuevo: después lee.)

...he resuelto concluir con mi vida, a todos les pido perdón y a ti muy especialmente. Adiós. Federico.»

(Bebe otra vez: escribe el sobre).

«Para doña Enriqueta Zafrales, Condesa de Valmoreda.»

(Ríe nerviosamente).

Ahora evitemos trabajos y molestias a los honrados señores de la curia.

(Escribe).

«Señor Juez de Guardia: Que no se culpe a nadie de mi muerte, pues tengo una gran satisfacción en abandonar este mundo. Barcelona, 17 Abril 1912. Federico Valmoreda, Conde de Valmoreda.»

(Pone el sobre).

«Señor Juez de guardia... De su afectísimo seguro servidor...» ¡Es una tontería ofrecerme...!

(Riendo).

Sí... es una tontería, pero es una fórmula de buena educación, y no veo motivo para morir groseramente.

(Bebe: escribe).

«De su afectísimo seguro servidor, el Conde de Valmoreda.»

(Deja la pluma y queda absorto).

DOL.—¿Te parece bien que haya necesidad de venir a buscarte?

FED.—¿Y para qué vienes?

DOL.—Porque te quiero.

FED.—¿Y por qué me quieres?

DOL.—¡Yo qué sé! Te quiero. No sé nada más ni me importa.

FED.—Yo hago desgraciados a todos los que me rodean...

DOL.—Mejor.

FED.—No, Dolores.

DOL.—Y si a mí me da la gana de ser desgraciada contigo... ¿quién tiene que reñirme?

FED.—Yo, que en mí no es leal el llevarte a la perdición. Eres una mocita guapa y lista, que te ganas muy bien la vida con tus bailes y tus ejercicios en el alambre, y puedes perfectamente hallar un hombre que te convenga.

DOL.—¡Pero qué terco eres, Federico! ¿No te dije cien veces que no busco nada; que no deseo encontrar nada y que te quiero a ti, a ti, sólo a ti?

FED.—Es que a mí no me debe querer nadie porque no lo merezco...

DOL.—Puede que sea eso lo que me atrae más...

FED.—Y cuando llega a mis manos un poco de dinero, como es poco y necesito más... me lo juego a ver... y pierdo, que la suerte es enemiga mía.

DOL.—¿Quién te pide nada?

FED.—Ya lo sé.

DOL.—¿Y entonces?

FED.—Es que pienso en lo inútil y en lo pernicioso que soy, y me da una vergüenza tan grande de mí mismo que por miedo a lo que pienso, y para no pensarlo más, me lanzo a beber... y con el vino soy tan perverso, Dolores, tan perverso, que el peor es bueno comparándolo conmigo.

DOL.—Será. Pero lo que dices ahora no es de hombre de mala entraña.

FED.—Es que yo no la tengo. En el fondo, en mis deseos y en mis intenciones, quisiera ser muy bueno y que todos fueran a mi lado muy dichosos... pero en mis acciones soy muy egoísta y muy malo. Tan convencido estoy de que no valgo nada, de que no sirvo para nada y de que soy un estorbo para muchos, que me parece imposible que pueda ser mía esta buena idea de hacer felices a tantos.

(Coge la botella para servirse.)

DOL.—No bebas, Federico..

FED.—Déjame. Si no bebo me faltará valor.

DOL.—¿Y ginebra? Que te abrasa y te pone enfermo... ¡No, no!

(Le quita el vaso.)

FED.—A sangre fría no me resolveré jamás. Y cuando me llamen a mi eterno juicio, aunque de sobra lo han de saber, yo les diré que no he muerto por aborrecer la vida, ni por librarme de su carga, ni por sustraerme a los castigos que merezca, sino porque fueran dichosas unas personas muy dignas y muy leales.

DOL.—Pero es una locura.

FED.—Déjame que beba...

DOL.—No.

FED.—Entonces no seré bueno para nadie; que a sangre fría no tendré resolución... y necesito que el fuego del alcohol me queme las entrañas para ir decidido a todo lo que sea menester.

DOL.—Mejor que te falte: yo quiero que vivas.

FED.—Es que para vivir también lo necesito. Cuando estoy despejado, la vergüenza de mi conducta no me permite ni un instante de reposo, y en cambio bebiendo encontré ya la disculpa de todo.

DOL.—¿Pero cuáles son tus culpas, hombre, que cualquiera diría que eres un gran criminal...?

FED.—Y lo soy. No robo con ganzúas ni mato con puñal... pero los que hacen eso son menos malos que yo, porque matan de un golpe y de una vez, y yo martirizo todos los días y a todas las horas. ¿Preguntas cuáles son mis culpas? Ser un vago, ser un derrochador, que después de gastar lo mío arruiné a mi mujer, y quedará en la miseria total si vivo yo unos años más: quererte a ti no siendo yo libre...

DOL.—Eso es cuenta mía.

FED.—Y no querer a mi mujer siendo una santa, una honrada y una sufridísima mujer.

DOL.—Si tan buena fuera no te abandonaría.

FED.—Soy yo quien la abandona, que ella, a pesar de mis vicios y de mis escándalos, me perdonó cuantas veces he vuelto a casa, y aun ahora sé que me busca para perdonarme nuevamente; pero yo no quiero hacerla sufrir más.

DOL.—¡Eso no es quererme a mí, Federicol!

FED.—No sé lo que es...

ESCENA II

DICHOS: PETRA y JOSÉ, por el foro.

PETRA.—¡Ahí la tienes! Mira si hicimos bien en seguirle los pasos.

JOSÉ.—¿Le parece a usted decente, don Federico, el robarnos la hija?

DOL.—He venido yo por mi voluntad.

PETRA.—(Amenazándola.)—Ya te enseñaremos a ti cuál es la voluntad de las hijas. No te apures...

JOSÉ.—¡Contésteme, don Federicol! ¿Le parece bien?

FED.—Te equivocas, José. Ni ahora, ni antes, ni nunca, he pretendido fomentar en ella esta absurda inclinación a mí...

PETRA.—¿Cómo dice?

JOSÉ.—Yo no lo entendí muy bien, mujer... Estas finuras de palabra son un poco engañosas para el oído nuestro...

PETRA.—Remacha un poco, José...

JOSÉ.—Esta y yo decimos, don Federico, que no está puesto en razón el privarnos del único amparo de nuestra vejez.

PETRA.—Usted sabe que no tenemos más que a ella, que baila como las propias rosas, que es la niña mimada del Circo y que le pagan muy requetebién. ¿Es justo que nos roben todo eso?

FED.—Te engañas, Petra, como antes se engañó José. Nada os quito, no pretendo causaros daño alguno, y mi consejo a Dolores es que vuelva con vosotros, y que baile y gane para vosotros.

PETRA.—¿No la detiene usted?

FED.—No.

PETRA.—¿La deja usted marchar?

FED.—Se lo suplico... y si mi palabra supone algo para ella, se lo mando también.

JOSÉ.—Ya te dije yo que don Federico era un caballero.

PETRA.—No lo dudaba nadie.

JOSÉ.—Y nos la podemos llevar cuando queramos. ¿No es eso, don Federico?

FED.—Eso es, José.

PETRA.—¿Pero entonces eres tú, grandísima descastada, la que te has propuesto acabar con nosotros?

FED.—Hablad tranquilamente... hablad tranquilamente.

PETRA.—Ya nos calmaremos, ya. ¿A qué vienes tú aquí?

DOL.—Porque le quiero.

PETRA.—¿Y a dónde vas con ese cariño?

DOL.—A donde él quiera.

PETRA.—¿Lo oyes, José? ¿Y no le rompes un hueso? ¡Deja que lleguemos a casa!

DOL.—No volveré.

PETRA.—¿Que no volverás? ¿Y entonces?

DOL.—No sé. Lo que Federico mande...

JOSÉ.—Pero el mismo don Federico te dice que vuelvas con nosotros.

DOL.—Lo dice con los labios nada más...—*(Federico baja los ojos y se pone a beber)*.—Y porque es muy bueno y no quiere mi desdicha; pero con el alma ya sé yo que está diciendo otras cosas muy diferentes.

JOSÉ.—Vamos a dejarnos de palabrerías. ¡Ea, andando para casa!

FED.—¡¡José!!—*(Luego muy tímido y muy suplicante)*.—José... José...

JOSÉ.—*(Que se sorprendió del primer grito y más aún de las otros, que tanto chocan con la entonación del primero)*.—¿Qué dice usted, don Federico?

FED.—Que vaya con vosotros, que vaya... pero no la obligues, no, obligarla no... ¿comprendes? Obligarla no...

(Sigue bebiendo a sorbitos).

PETRA.—Es que si no viene por las buenas no hay más camino que llevarla por las malas...

FED.—(*Humildemente*).—No, por favor, no... —(*Exaltándose*).—Que no ha cometido ninguna

falta, que amar no es delito ni está en la voluntad de las personas amar o no, y si la amenazáis con castigarla hará muy bien en desobedeceros.

PETRA.—Hará muy mal.

FED.—¡Hará muy bien, os digo, y si uno de vosotros se atreve a poner en ella la mano, a vosotros dos ahora mismo os despedazó!

(*Da un golpe violento con el vaso y luego se sirve de beber*).

DOL.—(*Tratando de quitarle el vaso*).—No bebas.

FED.—Déjame.

DOL.—¡No bebas..., te hace daño, Fico...!

(*Y cariñosamente le quita el vaso*).

JOSÉ.—Pero comprenda usted don Federico que si ella se emperna en no obedecernos, de algún modo se le ha de hacer que atienda.

FED.—Claro, claro...

JOSÉ.—Que al fin, y después de todo, no mandamos sino lo mismo que usted ha dispuesto.

FED.—Claro..., claro...

JOSÉ.—Y no han entendido ustedes bien las palabras de mi Petra. Lo que dijo fué que le reuniría... y eso opino yo que es misión de las madres.

PETRA.—¿De quién si no?

JOSÉ.—¿Pero maltratarla? ¿Maltratar a ese tesoro? Que se le quite a usted de la cabeza, don Federico.

PETRA.—Ni a mí me gustan los malos tratos, ni éste los consentiría. Que ella misma lo diga. Dilo tú, preciosidad... ¿te maltratamos nosotros?

DOL.—Ahora, no.

PETRA.—Ni ahora ni nunca. Dilo tú para que no se crea otra cosa...

DOL.—Ni nunca.

JOSÉ.—¿Lo oye usted de su boca, don Federico?

FED.—Terminemos. Que Dolores vuelva con vosotros y dejadme a mí, que nada tengo ya que hacer en este mundo.

DOL.—Yo no te dejo, y lo que sea de ti será de mí.

JOSÉ.—Pero usted debía convencerla de que es un desatino...

FED.—Dice bien tu padre: es un desatino.

DOL.—Ya lo veremos.

JOSÉ.—El señor está arruinado.
 DOL.—Que lo esté.
 FED.—No soy negocio Dolores...
 DOL.—No busco.
 FED.—Pero ellos, sí.
 JOSÉ.—¿Y a dónde vas entonces con esa terquedad?
 DOL.—A quererle.
 FED.—No lo merezco.
 DOL.—¡Qué me importa!...
 FED.—Es verdad que no importa. A quien uno quiere se le encuentran muy pronto méritos y bellezas, y cuanto menos merece uno que lo quieran, más pronto y más hondas le llegan al corazón las palabras amorosas.
 PETRA.—Déjese ahora de versos...
 FED.—Dejados están. Ya sabéis mi decisión.
 PETRA.—¿Que vuelva con nosotros?
 ED.—Sí.
 PETRA.—Pues andando.
 DOL.—No.
 JOSÉ.—Basta de bromas, ¿eh? Ven.
 DOL.—No.
 PETRA.—(Cogiéndola).—¿Cómo que no?
 DOL.—(Defendiéndose).—¡Aparte, madre!
 PETRA.—Ayuda, José.

JOSÉ.—(Empujando).—¡Echa para adelante!
 DOL.—¡Federicol!
 JOSÉ.—Y no alborotes.
 PETRA.—Empuja, José, empuja.
 DOL.—¡No, no!
 PETRA.—¿Que no, ladrona?
 DOL.—¡Federicol!
 PETRA.—(Tapándole la cara con el mantón).
 —¡Calla, escandalosa! ¡Y ayuda tú, José, ayuda!
 JOSÉ.—¡¡Arza!!
 DOL.—(Logrando al fin destaparse la boca).
 ¡Ficol! ¡Fico de mi alma, Ficol!
 FED.—(Que bebió dos o tres vasos seguidos, pegando una puñada sobre la mesa).—¡Soltadla, Dios de Dios! ¡Soltadla, que ya el demonio está en mi cuerpo y veo en sangre lo que veo!...
 JOSÉ.—(Sin soltar, aunque parados).—Pero don Federico...
 FED.—¡Soltadla, digo!
 DOL.—(Corriendo a Federico).—¡Ampárame tú, que yo te quiero!
 JOSÉ.—¿Y en qué va a parar esto?
 FED.—Calla ahora, calla. Me abrasan las entrañas, los ojos se nublan... Calla ahora, calla, que veo rojo.
 PETRA.—(Aparte, a José).—Avisa a la policía.

FED.—Si Dolores quiere marchar con vosotros, libre es.

DOL.—No.

FED.—¡Pues entonces aquí te quedarás, aunque todos los hombres de la tierra y todos los demonios del infierno se conjuren contra tí!

ESCENA III

DICHOS: el MARQUÉS DE SANANDES

(Por el foro).

DOL.—(Abrazada a él).—¡Defiéndeme!

FED.—No tengas miedo ya, que nada ni nadie podrán apartarte...

MAR.—Federico...

FED.—(Apartando bruscamente a Dolores).— ¡Señor marqués!...

MAR.—Perdone usted si he presenciado involuntariamente la disputa...

FED.—Usted es el que ha de perdonar...— (Con amargura).—Si criados y mayordomos no cumplieron con el deber de anunciaros...— (Cambiano a serio).—Me busca usted, ¿verdad? ¿Quiere usted hablarme?

MAR.—Cuando usted pueda.

FED.—Ahora mismo.

PETRA.—¿Y lo nuestro?

FED.—Después. Tú, Dolores, aguardarás aquí...—(Lateral derecha).—Y vosotros aguardaréis en la calle. Mi palacio no me permite distribuir con más comodidad los alojamientos.

JOSÉ.—En cualquier sitio... en el pasillo mismo.

FED.—No, no; se oye demasiado... y el señor querrá decirme algo que a vosotros no os interesa.

JOSE.—Bueno. Vamos...

PETRA.—Pero tú avisa a la policía mientras yo guardo la casa...

(Mutis por el foro Petra y José).

ESCENA IV

FEDERICO y el MARQUÉS DE SANANDES

FED.—Siéntese usted, marqués, y dispense que no pueda ofrecerle...

MAR.—Estoy perfectamente. El objeto que me trae...

FED.—Un momento.—(Sacándolo del bolsillo).—¿Este sobre es de letra de usted?... ¿Y el

dinero? Las mil trescientas veintidós pesetas... ¿son de usted...?

MAR.—No.

FED.—¿De Enriqueta?

MAR.—Sí. Ha cobrado su mujer de usted la renta del trimestre y le manda a usted la mitad. Me rogó que interviniera en este asunto, y siendo amigo de ustedes dos lo estimé como un deber inexcusable. Sobre todo por ella.

FED.—Es muy buena conmigo. ¡Siempre fué muy buena y yo muy malo!—(*Devolviendo el sobre*).—Se lo agradezco mucho...

MAR.—Son de usted... No lo ha mandado todo porque estaba en descubierto con varias atenciones de la casa...

FED.—Me lo figuro bien... Pero yo no lo acepto. Si usted no lo recoge, no hablaremos ni una palabra más.

(*Queda con la mano tendida presentándole el sobre*).

MAR.—Son de usted.—(*Pausa*).—Y ella tiene gusto en mandárselas.—(*Pausa*).—Y usted no debe negarse a recibirlas, puesto que seguramente las necesitará.—(*Pausa*).—Aunque las relaciones de ustedes no sean muy cordiales, esa

no es razón para rechazar...—(*Pausa*).—¿No me responde usted siquiera? Bien: venga.

FED.—Gracias.

MAR.—¿Esto significa que se dispone usted a romper en absoluto toda relación con su mujer de usted...?

FED.—En absoluto. Pero aunque no rompiera, tampoco lo aceptaría. Sé los gastos de mi casa, los apuros que deben pasar... y sería indigno que yo distrajera ni un solo céntimo.

MAR.—No comprendo la exageración de esos escrúpulos...

FED.—(*Riendo*).—Porque otras veces lo he aceptado, lo he pedido y... ¡y se lo he quitado cuando me lo negaban!...

MAR.—Usted mismo lo confiesa.

FED.—Es verdad... pero no era yo. Era otro hombre... que hay dentro de mí algunos días. ¡Un malvado, un infame!... Cuando estoy solo no soy tan malo...

MAR.—Así lo aprecian también... y vengo a buscarle a usted.

FED.—¿De parte de Enriqueta?

MAR.—Sí.

FED.—¿Me perdona...? ¿Y quiere hacer vida conmigo? ¡Pero eso es absurdo!

MAR.—Para usted, que juzga las cosas por usted mismo y por los defectos que usted se reconoce, quizás sea absurdo; pero no lo es para ella que discurre con arreglo a su bondad, a su conciencia y a sus deberes.

FED.—Si vuelvo será otra vez desgraciada.

MAR.—Ya lo teme...

FED.—Y temiéndolo... ¿me busca y me llama?

MAR.—Desde que abandonó usted su casa empezó inmediatamente las pesquisas para encontrarle.

FED.—¿Sabe lo de las joyas? ¿Que las he vendido, que jugué su importe y que lo perdí...? ¿Lo sabe? ¿Y perdona?

MAR.—Sí.

FED.—¿Sabe que me expulsaron del Círculo porque dicen que armé escándalo embriagado? ¿Y que del Ministerio me fuerzan a pedir la separación del destino...? ¿Lo sabe? ¿Y perdona?

MAR.—Sí.

FED.—¿Sabe que yo quiero a Dolores...? ¿Y perdona?

MAR.—Suponiendo que usted romperá esos lazos, sí, le perdona de todo corazón.

FED.—Siempre ha sido una santa mujer. Es mucho mejor que yo.—*(Riendo con amargura.)*

¡Qué cosas más bestias digo! ¡Como si fuera elogio para alguien el suponerla mejor que yo!—*(Bebe.)*—Dispense... ¿usted no querrá? Hace usted bien. ¡Es tan estúpido el tomar estas bebidas que abrasan, que trastornan y que luego le dejan a uno embrutecido días y días...! Dispense. ¿Qué decía usted...?

MAR.—Que vengo a buscarle.

FED.—No puede ser. Ya recuerdo, sí, ya recuerdo; pero no puede ser. Al contrario, desapareceré yo.

MAR.—Comprenda usted que desapareciendo se añade una dificultad más, sin ventaja ninguna para esa desdichada señora.

FED.—No, no. Como yo desaparezco, tendrá muchas ventajas, muchas, muchas.

MAR.—¿Qué quiere usted dar a entender, Federico?

FED.—Nada.

(Se ríe y bebe.)

MAR.—Le suplico a usted que no beba mientras hablemos.

FED.—Permítame que beba... precisamente para que hablemos y para que pueda usted llevar una contestación definitiva y seria.

MAR.—Haga usted su gusto...